con la misma Sagrada Escritura á que ustedes los protestantes apelan; y ademas, aun mirada la cosa á la sola luz natural, se ve que es tan conforme á la razon el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si así no fuera, podria decirse que nos dejó sin certeza sobre lo más necesario para nuestra salud, y que no acertó á fundar bien su Igiesia; lo que seria una blasfemia contra su bondad y sabiduría.

CAPÍTULO XXIV.

Otro argumento contra los protestantes.

Aun prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se habia de reformar, que se habian de corregir sus abusos y errores; pero yo preguntaré, ¿si para ejecutar todo esto era necesario que aquel ó aquellos que acometieron tamaña empresa, fueron enviados de Dios, y que hubieron recibido del cielo tal encargo? es evidente que sí, porque quién se arroja á enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien; Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero y todos los demas corifeos del protestantismo, ¿de quién tienen semejante mision? ¿qué señales dieron de que fueron enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruido y juicioso, que no se echara á reir si se le hablase de milagros ó de profecías, que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores: todo el mundo sabe que la historia de estos hombres funestamente célebres, es tan reciente, que no es difícil seguir su vida paso á paso, y manifestar que hay no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas; ¿cómo se quiere, pues, que demos fé á sus palabras? ¿No vale más atenerse á la autoridad de la Iglesia romana, cuya fundacion data del tiempo de los apóstoles, y que en medio de tantas viscitudes y contratiempos, ha permanecido siempre inalterable, enseñando una misma doctrina?

CAPÍTULO XXV.

Reglas de prudencia que debe observar el católico al tratar de los misterios.

Sucede á menudo que se argumenta contra la religion no atacando ni los milagros, ni las profecías, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad, sino que se fija la cuestion sobre algun misterio, y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discrecion, ó si no, se corre el peligro de salir desairado en la disputa. La razon es clara: el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser explicado de manera que se presente á nuestra razon con toda claridad, y entonces, prevaliéndose el incrédulo de la oscuridad que debe por precision acompañar las explicaciones del católico, llama falso lo que solo debe llamar incomprensible. No sucederá esto si el católico sabe colocar la cuestion en el verdadero terreno: lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflexiones que siguen.

En primer lugar debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad: esto seria negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos nosotros comprenderle y explicarle, dejaria para nosotros de ser misterio. Así es que, en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion ó de otro cualquiera, si bien no puede reprendérsele que procure aclararlos, ó con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, ó con aquellas reflexiones que haya oido á personas sabias y religiosas, debe, sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que dando á los símiles ó á las reflexiones mas importancia de la

que en sí tienen, pretenda que es una razon sólida lo que es tan solo una comparacion oportuna, ó una aclaracion plausible. Será bueno que ante todo proteste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo que le reconocen como misterio. Será bueno tambien, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces seria muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios, porque el incrédulo ó los otros que escuchan podrian creer que aquello se aduce como una prueba; y por otra parte, si el adversario es algo sagaz, cuidará de atacar al flaco débil, y si logra hacer vacilar la razon de congruencia, se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo más prudente en tales casos seria adaptarse poco mas ó ménos al método prescrito en el siguiente diálogo.

CAPÍTULO XXVI.

Método para disputar con los incrédulos sobre los misterios.

Dirá el incrédulo; ¿cómo es posible creer las cosas que creen ustedes? Tres personas, y sin embargo un solo Dios: un Dios hecho hombre, la sustancia del pan convertida en cuerpo de este Dios hombre, y otras cosas semejantes: á ver ¿cómo me explica vd. estos misterios?

Católico.—Ningun católico pretende poder explicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mismo ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo.—Pero y entónces, ¿cómo los creen vdes?

Católico.—Es muy sencillo: los creemos porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo.—Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿qué mérito puede tener delante de Dios?

Católico.—Si fueran cosas que las comprendiéramos

con la sola razon, poco mérito tendria la fé: creyéndolas, sujetamos nuestro débil entendimiento á la sabiduría infinita.

Incrédulo.—Pero yo quisiera que vd. me explicase, por ejemplo: ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

Católico.—No lo sabria explicar bien: repito que para mí es un misterio, le acato profundamente, y me tendria por culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo.—Vamos; esa sumision tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende, me parece insoportable.

Católico.—A mí me parece muy llevadera, y está muy léjos de parecerme ciega. Si vd. me permite le manifestaré cómo yo concibo esta sumision del entendimiento, y para el efecto me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

Incrédulo.—Vd. la tiene; le escucharé con mucho gusto.

Católico.—Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprenderlas ¿y el no comprenderlas es razon bastante para negarlas?

Incrédulo.—Esta es una pregunta tan general..... y tan vaga....

Católico.—¡Cómo general! ¡y cómo vaga! antes es muy precisa. No tema vd., para manifestar que hay cosas que no podemos comprender, no me será necesario subir al cielo ni descender á las entrañas de la tierra, ni atenerme á cosas generales y vagas; sino que aquí mismo tengo hechos que vd. no podrá contestarme. ¿Ignora vd. que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿nos comprendemos acaso á nosotros mismos? esos ojos con que vemos, el oido, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos continuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿ha podido explicarlo hasta ahora ningun filósofo del mundo? ¿no sabe vd. que los más gran-

des sabios andan á tientas cuando tratan de explicar los fenómenos más comunes de la naturaleza?

Incrédulo.—Efectivamente es así, la naturaleza está llena de arcanos; y nosotros mismos á nuestros ojos, somos un gran misterio: pero ¿qué infiere vd. de esto?

Católico.—Lo que infiero es, que hay muchas cosas que nosotros no las entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razon para negarlas; y que para creerse una cosa, la dificultad no debe ponerse en si la entendemos ó no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla ó no. Si bien se mira, eso que extraña vd. tanto en los católicos, lo está viendo practicar por todo el mundo y lo practica vd. mismo todos los dias. Cuando nos cuentan que en tal país hay un animal muy extraño, que hay una mina muy abundante de este ó aquel metal, que hay una planta rara de esta ó aquella naturaleza, que acaecen allí extraños fenómenos que no vemos entre nosotros; para creerla ó no, nunca miramos si entendemos cómo se verifican aquellas extrañezas, y por qué causas, sino quien lo refiere, si tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su experiencia, ya por su veracidad; y tendriamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal país tienen los hombres tal color, porque no concibe cómo esto pueda verificarse.

Haga vd. la aplicacion á nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una religion, lo que debemos mirar es, si efectivamente aquella religion tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe cosas que nosotros no podemos saber? ¿Y por qué no podria revelárnoslas? y dándonos él á conocer que en realidad es él mismo quien nos la revela, ¿quién podrá negar la obligacion que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos ¿y no creeriamos á Dios, que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religion es divina, las tenemos en los milagros, en el

cumplimiento de las profecías, y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora: ¿qué mas queremos? ¿qué tiene, pues, de extraño nuestra fé?

CAPÍTULO XXVII.

Se manifiesta la existencia y la necesidad del Sumo Pontificado.

Sucede con frecuencia que los que tratan de combatir la religion católica, se abstienen de hablar contra el cristianismo, y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo, valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro más recio y certero. Saben muy bien que sin cabeza de la Iglesia no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar al Sumo Pontificado, presentando la Supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista algunas reflexiones con que se pueda responder á esta clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos, como si fuera de una institucion monstruosa, es, sin embargo, lo más sencillo, lo más conforme á razon que imaginarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que la autoridad del Papa es superior á la de los obispos, y que estos deben respetarlo y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las muchas pruebas que en favor de estas verdades podrian sacarse de la Escritura y de la tradicion, nos limitaremos á algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ningu-

na sociedad grande ni pequeña sin un jefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre; en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, y en las provincias, hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus jefes políticos, sus capitanes generales; en las repúblicas, un presidente, un cónsul, etc., es decir, un jefe con uno ú otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia Católica una sociedad extendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes: ¿es posible que esté sin un jefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo menos prevision y buena voluntad que todos los legisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo, jamas se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, estariamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios generales á donde concurren, ó al menos son llamados los obispos de toda la iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mismo de ser una reunion, han de tener una cabeza, y esta no existe sin el Sumo Pontífice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrian hacerse sobre este punto, contentarémonos con una que disipa de un golpe toda dificultad, demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado, y que sin él no bastarian para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociedad que existe solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente: los concilios, y mayormente los generales, no pueden reunirse sino á trechos y estos muy largos; luego no son á propósito para que ellos solos puedan gobernar la iglesia. El últimoconcilio general, que es el de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos: ¿qué habria sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intervalo si no hubiese existido otra autoridad que la de los concilios? ¿y qué seria en adelante, cuando atendidas las dificultades é inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones quizá pasarán siglos sin que haya otro concilio general? A cada paso surgen disputas sobre la fé y las costumbres, á cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿á dónde podria recurrir el pueblo fiel, si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra su vicario en la persona del Romano Pontífice?

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesario mucha obstinacion para no rendirse á su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oidos á los que intentaren persuadirle que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos de un dogma de fé, reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el dia en que deje de reconocer que el Papa es el Supremo Pastor de la Iglesia, aquel dia deja de ser católico.

CAPÍTULO XXVIII.

Sobre la potestad de la iglesia para imponer mandamientos á los fieles.

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que están algunos cristianos de la obligacion que tienen de cumplir con los preceptos de la iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnacion de ningun misterio, y que se glorían de conservar la fé; pero que, sin embargo, tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente, que "esto es cosa de hombres, que ellos son cristianos pero no fanáticos," y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, &c. Lo que hay de notable

en semejante conducta es la inconsecuencia: porque si son cristianos católicos, no pueden dudar que la Iglesia tiene facultad legislativa en los casos que son de su pertenencia, y que por tanto puede imponer á los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de aquí, que se les puede reconvenir con la reflexion siguiente: ¿creeis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos en las materias que son de su incumbencia? Si decís que no; entónces ya no sois católicos, ya habeis dejado de creer un punto de fé católica: si decís que sí, cómo es que llamais preocupacion y fanatismo el cumplimiento de unos preceptos, cuya legitimidad admitís, como dimanadas de una autoridad reconocida por nosotros mismos por competente?

Si el hombre se siente débil para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale mas que confiese su debilidad, que no el que para excusarla se valga de expresiones cuyo significado natural es, ó bien que ha dejado de ser católico, ó bien que es inconsecuente de un modo inconcebible.

La fé nos enseña la obligacion que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia; sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber leyes para su arreglo, luego ha de existir tambien un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obligados á obedecer las leyes que en ella rigen, porque de otra manera, inútil seria la ley, irrisorio el derecho de autoridad legislativa, é imposible, ademas, el buen órden y hasta la existencia de la sociedad. La Iglesia Católica es una sociedad extendida por toda la tierra: luego ha de existir en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego estos están obligados á obedecerlas.

CAPITULO XXIX.

Autoridad de la Iglesia en la prohibicion de los malos libros.

La prohibicion que hace la Iglesia de la lectura de los malos libros, es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo estos en nada la autoridad de la Iglesia, no es extraño que no la reconozcan tampoco en lo tocante á la prohibicion de los malos libros, pero al menos deberian confesar que la Iglesia prohibiéndolos procede consecuente á sus principios, y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas, usa de un derecho indisputable prohibiendo á su familia el leerle: la autoridad civil prohibe tambien la circulacion de aquellos escritos, que inducen á la infraccion de las leyes ó á la corrupcion de costumbres, ó que puedan provocar disturbios y sedicion; es decir, que el vigilar sobre los libros ó escritos, es un derecho reconocido en la autoridad paterna, y en la civil no podia ser de otra manera, dado que no puede ponerse en disputa la poderosa influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Prévias estas observaciones preguntaremos á todo hombre juicioso: ¿si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo el que la Iglesia, encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, que ha recibido de Jesucristo la mision de guiar á los hombres al alto destino de la eterna salvacion, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulan entre los fieles, y prohiba la lectura de aquellos que juzgue de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se puede disputar á la Iglesia el derecho de prohibir á sus miembros, el que por una curiosidad indiscreta den la muerte á su alma?

CAPITULO XXX.

Demuéstrase la necesidad de aquellos que hacen el incrédulo para parecer sábios.

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupacion y de sabiduría y quizá sea este el motivo que habrá inducido á no pocos hasta el extremo de fingirla. ¡Lamentable extravío nacido de la vanidad y de la ignorancia! ¡Preocupacion funesta que es necesario combatir y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años! Un libro como este no es lugar á propósito para desvanecer semejante error, con toda la abundancia de erudicion y de reflexiones á que se brinda la materia, pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones y consignar algunos hechos que puedan servir para manifestar que la fé no está reñida con la ilustracion y la sabiduría.

En primer lugar la fé versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razon; por manera, que si trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fé, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razon puede alcanzar; luego versando la fé sobre objetos distintos de los que ocupan á la ciencia, la una no daña, ni embaraza la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fé y la ciencia, antes bien se ayudan mútuamente, pues como ambas son una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad prestándose recíprocos servicios. El hombre que cree, y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones para manifestar cuán fundada es su fé: y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes, y haciendo ver que si bien son superiores á la razon, no son, empero, contrarios á ella.

La ciencia puede tambien á su vez reportar de la fé mucho provecho, y le ha reportado en efecto, como podia demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos, con relacion á las cuestiones mas elevadas, se verá que aquellos eran unos verdaderos niños respecto á estos: y en efecto, un niño con solo el catecismo cristiano aprende tan altos conocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, en una palabra, todos los grandes hombres de la antigüedad, lo escucharian con admiracion y asombro. Y con razon porque las mas elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre y sobre la moral, las oirán explanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia para columbrar siquiera una solucion verosímil.

Esto no es exageracion, es una verdad en la que están acordes todos los sábios; y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano á la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religion de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustracion? ¿Lo que tanto ha contribuido á iluminar al linage humano, podria ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI.

Continuacion de la misma materia.

Muy escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano, los que piensan que la incredulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres más ilustres, que con su talento y su saber han

honrado el mundo desde el establecimiento de la religion cristiana, y se verá que los sábios mas distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia Católica. Recórranse los catálogos de los hombres que más se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia Católica presentar muchos de entre sus hijos, que sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fé, brillan como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué mas, no poseemos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros, cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse y se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la religion sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustracion y que la fé sea propia de espíritus pequeños y apocados, luego el manifestarse incrédulo por parecer sábio, es señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril: es una reprensible frivolidad de que debe precaverse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipacion y bullicio del mundo, empieza ya á ser mirada con mal ojo la irreligiosidad, y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacerse el incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas á la religion, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPÍTULO XXXII.

Reflexiones que debe tener presentes el católico al proponérsele alguna dificultad contra la religion.

Puede ocurrir con frecuencia que á un católico se le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que más puede inferirse de ocurrencias semejantes,

es ó que el adversario tiene mayores alcances, ó más instruccion en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error, no es cosa que sucede exclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio en todos los demas ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa, arroya y confunde á su adversario, ó por la superioridad de su talento y conocimientos ó por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, ¿no presenciamos á cada paso, que un hombre de entendimiento claro y despejado, sobre todo si está dotado de una locucion fácil y espedita, da á todos los asuntos el giro que mas le agrada, y hace ver, como suele decirse, "blanco lo negro y negro lo blanco?" Luego nada prueba contra la religion el que un incrédulo haya propuesto una dificultad, á la que los católicos que le escuchaban no hayan sabido qué responder.

En tales casos conviene que el fiel tenga á la vista las siguientes consideraciones. El incrédulo que propone la dificultad no es regularmente un hombre muy sábio: será mas ó menos entendido, tendrá mas ó menos instruccion, pero al fin pertenecerá cuando más á aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender que el argumento de que se vale no deberá ser alguna invencion rara de que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algun libro irreligioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la religion, y es bien seguro que bastaria la presencia de una persona religiosa é ilustrada, para disipar como el humo la dificultad que tanto engrie al ufano disputador.

Ademas, aun cuando supiéramos que la dificultad es tan grave, que ningun sábio del mundo es bastante á soltarla, no por esto se podria inferir que fuese falsa la religion. Nuestro entendimiento es tan flaco, que no vé las cosas sino á medias, con su poca luz no distingue bien los objetos; de aquí es que aun en las mate-

rias en que se encuentra más certeza, no hay un punto sobre el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad, fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podriamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solucion no era tan fácil como á primera vista podria parecer? ¿quién ignora que una cosa tan clara como es la existencia del movimiento, fué tambien puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué extraño, pues, si en materias tan difíciles y tan graves, como son las religiosas, ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos á desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil, que alcanza apenas á comprender las cosas más sencillas y más claras, cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos, y palpamos con nuestras manos, tropezamos á menudo con dificultades inexplicables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios que están en region elevada, á donde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado?

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la religion, que se oyen en las conversaciones, pueden aplicarse tambien á las que se leen en los libros; solo que en este último caso son mucho más peligrosas, á causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A más del preservativo más sencillo que es no leer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le viene á la mano, que lo que en ellos se encuentra contra la religion, ha sido refutado mil veces, y que no necesita mas que buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la religion que circulan por todas partes, para encontrar satisfechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la religion católica.

APÉNDICE.

En el curso de esta obrita no he querido emplear el comun sistema de preguntas y respuestas, porque proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa religion, y queriendo por consiguiente evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente exponerlas de manera, que con la misma novedad del método se llamase y fijase más su atencion. Ademas, se ha de tener presente, que en mi juicio, el estudio de esta obrita debe reservarse para los niños algo adelantados en la edad, y por tanto desaparece ya el pequeño embarazo que podía ofrecer el no estar arreglada por el método de preguntas y respuestas.

Sin embargo, para ahorrar en lo posible á los señores maestros todo nuevo trabajo, he echado mano de dos medios: 1º Disponer de tal suerte el título de casi todos los capítulos, que para emplear, cuando se juzgue conveniente, el método de las preguntas y respuestas, no tengan que hacer otra cosa los maestros que expresar el mismo título en forma de interrogando, con alguna muy ligera modificacion que le sujerirán sin duda su discrecion y conocimiento. Si en algun caso ha sido conveniente señalar hasta el curso que se debia dar á la conversacion en materias religiosas, entonces me he valido del diálogo. 2º Añadir el diálogo que viene á continuacion, donde se encontrará en brevísimo espacio, lo principal de la obrita. Los maestros podrán hacer de este diálogo el uso que estimen conveniente; pero me parece que deberia emplearse para fijar más en la memoria de los niños lo que